

MARIA EN LA RESURRECCION DE JESUS

DIA VEINTISEIS

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Revertere, dilecte mi, similis esto capreae hinnuloque cervorum super montes Bethel.

Cant., II, 17

Osculetur me osculo oris tui.

Ibid., I, 1.

Surge, amica mea, speciosa mea, et veni.

Ibid., II, 10.

Ecce tu pulcher es, dilecte mi, et decorus.

Ibid., I, 16.

En dilectus meus loquitur mihi: Surge, propera, amica mea, columba mea, formosa mea, et veni, jam enim hyems transit, imber abiit et recessit.

Ibid., II, 9.

Secundum multitudinem dolorum in corde meo, consolationes tuae lætificaverunt animam meam.

Psal., XCIII, 19.

Sub umbra illius quem desideraveram sedi, et fructus ejus dulcis gutturi meo.

Cant., II, 10.

Ego dilecto meo, et ad me conversio ejus.

Ibid., 7.

Adjuvabit eam Deus mane diluculo.

Psal., XIV.

Exue te stola luctus, et vexationis tuæ, et indue te decore, et honore ejus quæ a Deo tibi est sempiternæ gloriæ.

Baruch, V, 1.

Exiit se vestimento viduitates, et induit se vestimento lætinae in exultatione.

Judith, XVI, 9.

Benedicto te, Domine Deus, quia tu castigasti me et tu salvasti me, et ecce ego video filium meum.

Tob., II, 17.

Ego autem et anima mea in eo lætabimur; benedicite Dominum omnes electi ejus, agite Dies lætitiæ et confitemini illi.

Tob., XIII, 9.

Et hæc vidua erat. Quam cum vidisset Dominus, misericordia motus super eam, dixit illi. Noli flere... et dedit illum matri suæ.

Luc., VII, 12.

Dilectus meus candidus et rubicundus, electus ex millibus; caput ejus aurum optimus: comæ ejus sicut elatæ palmarum, nigræ quasi corvus. Oculi ejus sicut columbæ. super rivulos aquarum quæ lacte sunt lotæ, et residen juxta fluentia plenissima. Labia ejus lilia distillantia myrrham puram, guttur illius dulcissimum, et totus desiderabilis: talis est dilectus meus.

Cant., V, 10.

Resplenduit facies ejus sicut sol; vestimenta autem ejus alba sicut nix. Domine, bonum est nos hic esse... Hic est Filius meus dilectus in quo bene mihi complacui.

Math., XVII, 2.

Anima mea desideravit te in nocte; sed et spiritu meo de mane vigilabo ad te.

Isa., XXVI, 9.

Ut mulierem derelictam et mœrentem spiritu vocavit te Dominus. Ad punctum, in modico dereliqui te, in miserationibus magnis congregabo te.

Isa., LIV, 6.

In momento abscondi faciem meam parumper a te et in misericordia sempiterna misertus sum tui. Pauperula, tempestate convulsa, absque ulla consolatione. Ecce ego fundabo te in Saphiris.

Isa., LIV, 8.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. No más llanto. El gozo ha vuelto ya; gozo inefable que trae consigo la resurrección del Salvador. Jesucristo ha resucitado, y el atribulado corazón de María se ha entregado de nuevo á la alegría. Verdad es que estaba como sepultada en la estrecha y sombría tumba en que descansaba el cuerpo de su Hijo, como si hubiese muerto con Él. Resucitó con Él, y saliendo como de un sueño profundo, vió repentinamente una mañana los rayos que proyectaba sobre ella el verdadero sol de Justicia. (*S. Amadeo Laudan, de Laud. B. M. V.*)

II. Si alguno nos pregunta por qué no han dicho los evangelistas una sola palabra acerca del entusiasmo con que debió presentarse el Señor á su dulce madre inmediatamente después de su resurrección para consolarla en su inmenso dolor; le responderemos lo que respondió un sabio á uno que le hizo la misma pregunta: Nadie ignora el cuidado con que evitaron los evangelistas hablar de todo lo que era inútil ó superfluo. (*S. Ansel. de Excellent. B. M. V.*)

III. Con efecto, si alguno hubiese contado en el evangelio que el Señor se había aparecido á su madre y la había confirmado en la fe de su resurrección, como lo han dicho, hablando de ciertos personajes á quienes concedió Je-

sucristo este favor, ¿podría evitarse que dijera alguno que esos detalles eran inútiles? Además, no se ve lo inconveniente que hubiera sido que se asimilase de este modo á la reina del cielo, de la tierra y de todas las criaturas, á ciertos hombres y á ciertas mujeres á quienes se dignó el Señor conceder el favor de aparecérselos? El espíritu de Dios que descansaba en ella en toda su plenitud y en toda su perfección, le descubrió mejor de lo que hubiera podido hacerlo la luz ordinaria; todo lo que concernía á su Hijo. (*Id. Ibid.*)

IV. Entregada la gloriosa Virgen á la más alta contemplación, guardaba en su alma el secreto de la resurrección, mientras que María Magdalena y las demás mujeres, ignorando lo que debía suceder á poco, compraron perfumes y los llevaron al sepulcro. La bienaventurada madre, que no lo sabía, permaneció en su casa, entregada á la contemplación de su Hijo y esperando la hora de la resurrección. Indudablemente se le apareció su Hijo, aunque nada de esto dice el Evangelista. (*Bernardin Senens. Serm. 46.*)

V. La Virgen fué la primera á quien favoreció Jesucristo con su aparición, pues quiso presentarse á su madre de un modo más hermoso y brillante que en el monte Tabor, que fué donde se dejó ver por Pedro del modo más brillante, así como de los otros discípulos, el día de la trasfiguración. (*Id. Ibid.*)

VI. La bienaventurada Virgen fué la primera á quien su Hijo mostró la gloria de su resurrección. Convenía efectivamente que esta divina madre fuese la primera que tuviese conocimiento de este acontecimiento maravilloso y la primera á quien honrase su Hijo con su visita. Justo era además, que siendo la única que se asoció á los dolores de Jesús, fuese así también la única distinguida de las demás.

y la primera que gozase de los dulces transportes de su divina resurrección. (*Georgii Nicomediens. in Sant. Mar. Orat. 9.*)

VII. Está fuera de duda que Jesucristo se dejó ver por su madre en toda la gloria de su cuerpo resucitado, como se dejó ver en el Thabor por sus discípulos. Quizá le enseñó entonces su divinidad. Lo que sí podemos asegurar es que cuando menos hizo el Señor por la Virgen lo que hacían los profetas con respecto á las madres cuyos hijos resucitaban. Todos saben que los depositaban en los brazos maternales llenos de vida y de salud. (*Thom. Valent. Conc. de Resurrect.*)

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

LAS DOS RESURRECCIONES.

Gozo de María en la resurrección de Jesús.

Gozo de María en la resurrección de los pecadores.

I. Gozo de María en la resurrección de Jesús.

María, dice un santo doctor, oraba llorando, cuando repentinamente se presentó el Señor delante de ella cubierto de un ropaje resplandeciente de blancura, y su hermoso rostro brillante de luz y de gloria. María reconoció á su Hijo. El hombre debe respetar los misterios de gozo y de amor que no puede comprender. En otro tiempo, para recompensar á la viuda de Sarepta y pagar su hospitalidad, le devolvió María á su hijo, próximo á morir. ¿Quién podrá pintar el gozo de esta Sunamita? Como María lloró á su Jesús más de lo que se llora ordinariamente á un Hijo, su alegría fué más grande que la alegría de la viuda, y su gozo fué tan grande como su dolor..... *Secundum multitu-*

dinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tuæ latificaverunt animam meam.

El Señor mismo resucitó en el camino de Naín al hijo único de una viuda. Esto no es sino una pálida imagen de lo que pasó entre Jesús y María.

Madre: He aquí á tu Hijo: *Ecce filius tuus.* Ya no es un discípulo el que ocupa en tu corazón el lugar de su maestro, sino que es el Hijo mismo que lloraste: *Ecce filius tuus.*

II. Gozo de María en la resurrección espiritual de los pecadores.

María es madre de Dios, pero también es madre de los hombres, y cuando estos hijos desdichados han perdido la gracia de Dios, sus méritos y el cielo..... todavía les queda una madre que ruega por ellos, que llora sobre ellos y les ama aún. ¡pobres pecadores! ¿Cuándo tendrá vuestra madre celestial la dicha de veros resplandecer con la luz de la inocencia recobrada, y os oírá exclamar en la efusión de vuestra alegría: Oh madre mía, no llores más, he aquí á tu hijo, al hijo de tu dolor: *Ecce filius tuus?*

Yo te devuelvo al hijo que habías perdido y quiero amarte desde ahora: *Ecce filius tuus.*

ARTÍCULO V

Extractos y pensamientos diversos

I. ¡Cuán grande fué la dicha de la Santísima Virgen al ver á Jesús resucitado! Si la madre de Dios debió recibir una vez un consuelo en la tierra, ¡cuán pudo ser esa hora sino la de la resurrección? Efectivamente era para Jesús la hora del triunfo, así como para todos sus amigos que en el universo entero estaban sumergidos en la tristeza.

¿No debía ser la Virgen la primera que disfrutase de este gran beneficio del cielo? Puesto que ella recibió en el instante de su concepción tantos y tan hermosos privilegios, ¡no era justo que recibiera también éste, y que fuese la primera que tuviera conocimiento de la victoria de su Hijo? ¡Oh madre gloriosa, cuántas gracias mereciste, tanto por tí misma cuanto por nosotros, desdichados esclavos del pecado! Ahora puedes decir con toda se-

guridad: Mi amado es para mí y para mi amado yo. Pero, oh Madre de misericordia, acuérdate de nosotros que somos unos pobres indigentes y fluctuamos peligrosamente en el mar tempestuoso del mundo. Levantaos, pues, señora del cielo y de la tierra, levantaos y sed nuestra mediadora y abogada. Venid á devolvernos la paz reconciliándonos con la sabiduría eterna, vuestro divino Hijo y Señor nuestro. (*Santa Catalina de Sena, tercera medit. para el Sábado*).

II. Elevada á la más alta contemplación llevaba la Virgen en su corazón el secreto de la resurrección, mientras que María Magdalena y las demás mujeres que no estaban iniciadas en el secreto divino se apresuraban á comprar perfumes para regarlos en el sepulcro de Jesús y cubrir con ellos su santo cuerpo. (*S. Bernardino, serm. 46, segunda parte*).

III. Según la opinión de los santos y el testimonio de los doctores, Jesús se apareció á María después de su resurrección; pero nada han dicho sobre esto los evangelistas, porque no han querido dar á María como testimonio de la aparición de su Hijo. ¿Podrá dudar alguno de que fuese María la primera á quien favoreciera su Hijo con su aparición? Repugna creer un sólo instante que un Hijo que fué tan bueno hubiese podido ultrajar á su madre dando la preferencia sobre ella á otras personas que le eran extrañas. El más que nadie sabía cuánto había sufrido su Madre á consecuencia de las ignominias de que Él fué víctima. Apoyados en lo que inspira la razón natural, creemos que María fué la primera á quien favoreció Jesús con su visita. Este privilegio le pertenecía por muchos títulos, y principalmente por el consuelo que recibió después de los dolores que desgarraron su corazón. San Ambrosio, en su libro tercero sobre las vírgenes, nos asegura que es cierta la visita de Jesús á la Santísima Virgen. (*S. Petri Paschasi, Ep. de Dom. resurrect*).

IV. Aunque los evangelistas han guardado un silencio absoluto acerca de la visita hecha por Jesús á su divina Madre inmediatamente después de su resurrección, no por esto debemos creer que el Salvador, que era la bondad misma, la fuente de todo consuelo y de toda gracia, que colmó de favores y de gracias á tantas personas en esos días benditos, olvidó á su Madre, que bebió sola al pie de la cruz, todo el cáliz de amargura. La Providencia de Dios no dispuso que se consignasen estas cosas misteriosas en el evangelio, por tres motivos poderosos: primeramente, porque era inútil, porque María sabía de una manera cierta que su Hijo debía resucitar, y no podía alimentar acerca de esto ni la más ligera sombra de duda. Le era tanto más grato entregarse á esta dulce esperanza cuanto que ella sabía mejor que nadie la gracia singular que había recibido siendo la escogida para ser la madre de Jesucristo, la reina de los ángeles y la soberana del universo. Yo sostengo que el silencio del evangelio prueba la aparición del Salvador mejor de lo que pudiera hacerlo el relato de la sagrada Escritura.

En segundo lugar debe tenerse presente que el evangelio no se ha escrito sino para convencer mejor á los que son capaces de dudar. Era efectivamente necesario convencer á los hombres carnales acerca de la resurrección de Jesucristo, y para esto se necesitaban testimonios irrecusables. Y el sólo testimonio nacido del corazón de una madre para confirmar una cosa

gloriosa para su hijo, hubiera producido más bien la duda. He aquí por qué no se hace mención alguna en el evangelio de las apariciones de Jesús después de su resurrección.

Ultimamente afirmamos que las apariciones de Jesús á su divina Madre son harto sublimes para que el evangelio se ocupe de ellas. Léase sino la sagrada Escritura, y se verá que nada nos dice sobre la Santísima Virgen después de la resurrección, pero tampoco nos dice nada antes de ella. Las visitas de Jesús á su divina Madre después de la resurrección, las dulces conversaciones que con ella tuvo y los testimonios que le dió de su amor; todas estas cosas tan dulces, elevadas y sublimes son inenarrables. ¿Cómo hubieran podido expresarse y que inteligencia hubiera podido comprenderlas? (*S. Bernardino de Sena, de Resurrect. Christ. art. 1. cap. 1*).

V. Tan pronto como resucitó Jesús, su corazón de Hijo le llevó junto á su divina Madre. Cierto es que en esta circunstancia obró el Salvador con su divina Madre como obraron los profetas con las madres cuyos hijos habían resucitado: se apresuraron á devolvérselos tan luego como los volvieron á la vida. Así obraron Elías y Eliseo, y lo mismo hizo el Cristo con respecto al hijo de la viuda de Nain.

María, aunque tenía desgarrado el corazón á consecuencia de las escenas del Calvario y del sepulcro, conservaba en su alma la firme esperanza de la próxima resurrección de su Hijo. No pudo conciliar el sueño durante aquella terrible noche. Elevada á la contemplación más sublime, esperaba que brillasen los primeros rayos de la aurora diciendo como el profeta: Despierta, gloria mía, vibren mi arpa y mi salterio; elevaos, oh Hijo mío, mi Dios y mi amor.

Llena del Espíritu Santo é inundada de gozo al asomar la aurora, esperaba la visita de su Hijo, de su Señor. ¿Quién podrá explicar esos celestes ardores y estos abrasadores deseos? ¿Quién podrá medir la altura y la profundidad de estos pensamientos? (*S. Thomas, arch. Valent. Conc. 2. in Domín. Jesu.*)

VI. Es para muchos un motivo de asombro y escándalo, que el Evangelio no haga mención alguna de la Virgen Santísima, en las varias apariciones de Cristo después de resucitado.

Muchos intérpretes se han avergonzado de este silencio, y han creído que debían ser más cuidadosos que el Evangelio del honor de Jesucristo y su santa Madre, sosteniendo que se la había aparecido antes que á ningún otro, y que fué muchas veces favorecida con sus apariciones.

Respetamos estas opiniones; pero respetamos aún más el evangelio, y no podemos admitir, no sólo que sea ofensivo el silencio que guarda en esta parte, sido aun que no sea glorioso para la Virgen Santísima, mucho más glorioso que esas pías suposiciones.

Con efecto, parecemos que no dicen bastante cuando nos presentan á Jesucristo apareciéndose á María primeramente y muchas veces. El silencio del Evangelista dice sobre ello mucho más: porque de él resulta, á nuestro juicio, que Jesucristo resucitado no cesó de estar presente á su santa Madre y que por esto nunca se la apareció como á los demás.

Para demostrar esta verdad no tendremos que hacer largos discursos; nos

gastará hacer una cosa que no se hace bastante, y que debiera ser la primera y la última: leer el evangelio, el evangelio que es también la buena nueva que deben saber muchos cristianos. . . .

Pues bien, en todas estas narraciones tan claras y precisas, no hay el menor vestigio de la santa Virgen. Sin embargo, las mujeres tienen en ellas la primera parte, y estas mujeres son las que, con el discípulo á quien Jesús amaba, formaban la compañía de la madre de Jesús junto á su cruz. El Evangelista hasta se toma el cuidado de nombrarlas al referir la resurrección; eran, dice, *María Magdalena, Juana, María, madre de Santiago, y las demás que estaban con ellas*. De la Madre de Jesús, ni una palabra; siendo así que, donde quiera que figura en las narraciones anteriores, es nombrada siempre la primera.

Es por tanto indudable, que según el divino relato, la Virgen Santísima no tomó parte alguna en las apariciones de Cristo después de su resurrección.

¿Qué debe inferirse de ello?

Para responder á esta pregunta, basta buscar, en el evangelio, las causas de estas apariciones y su efecto en aquellos á quien se dirigieron.

Ahora pues, lo que más resulta de esta investigación, es la falta de inteligencia, la incredulidad, la flaqueza, la grosería de los apóstoles y discípulos de Jesús, tan ignorantes, tan desconfiados, tan confusos del suceso de la resurrección, como si nunca su divino Maestro se lo hubiera anunciado ni les hubiera dado prendas de su verdad. Y ellos son los que dan contra sí mismos este humilde testimonio con sus propios relatos, é imprimen de este modo en ellos el sello de la más concienzuda é ingénuamente sincera.— (*Nicolás, la Virgen, según el Evangelio cap. XX.*)

VII. No guardó el sepulcro mucho tiempo á su víctima. Predicho estaba que "El santo no vería la corrupción," (Salmo XV, 10) y que "su sepulcro sería glorioso" (Id.) El tercer día, como el sol, que desde que asoma en Oriente, aleja las tinieblas en que estaba sumergido, Jesús, desde el alba matutina, sacudió el manto sepulcral y se levantó lleno de vida. ¿No fué su primer pensamiento regocijar los ojos y el corazón de su divina madre? Doblezada la encontrará bajo el peso de su dolor y de los supremos esfuerzos hechos en el Calvario. Abrid, abrid luego las hojas del evangelio para que pueda leerse en ellas la relación de esta interesante entrevista. . . . Mas nada nos dice acerca de esto.

He aquí lo que relata.

Acababa Jesús de resucitar cuando se apareció á Magdalena, á las santas mujeres, á los discípulos de Emmaus, y varias veces en Galilea á los apóstoles reunidos. No dice que se apareciera á su santa Madre. La tradición universal, por no hablar de las revelaciones particulares, incluso las más respetables, (las revelaciones de santa Brigida dicen que María fué la que recibió la primera visita de Jesús) suple este silencio, que es de fácil explicación.

Estudiemos el carácter particular de las apariciones mencionadas en el evangelio: todas ellas tienen una relación directa con el apostolado. No tienen por objeto ni honrar á las personas ni recompensar su amor, ni conso-

lar su dolor; y aunque el efecto sea el mismo, las apariciones tuvieron por objeto buscar intermediarios entre el Salvador y los apóstoles. El ángel se aparece á las santas mujeres y les dice: "Id luego y decid á los discípulos y á Pedro que Jesús ha resucitado, y que le verán en Galilea donde les precederá." (Math., XVI, 7.) "Ve á mis hermanos y dile á Magdalena que subo á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios." (Joan., XX, 17.)

¿No explican suficientemente estas palabras el silencio del evangelio? No quiso Jesús presentarse primeramente á los apóstoles, porque le habían abandonado cobardemente, ó le renegaron en la tormenta de los últimos días. Juan también había huido, y aunque le llevó de nuevo al Calvario la santa Virgen, no convenía que, dándole una muestra de preferencia, humillase á Pedro, que, muerto Jesús, pasaba á ser el Jefe de la Iglesia. Tampoco quería aparecerse en Jerusalén, sino en Galilea, ora para hacerles expiar desde entonces el crimen de su abandono y las amargas quejas que debía dirigirles dejando para más tarde su visita, ora para evitarles hasta la completa formación de la Iglesia, las persecuciones de la Sinagoga. Para que se llevase á efecto este plan concebido por la sabiduría de un Dios, se necesitaban intermediarios entre Jesús y los apóstoles. ¿Hubiera sido digno de María tomar parte en esta misión enteramente secundaria, cuando la ante víspera había sido proclamada madre del género humano? El desempeño de esta misión se confió al zelo de las santas mujeres y al candor de los discípulos de Emmaus. El evangelio, que muy especialmente después de la resurrección, ni pone en escena las personas, ni expone los hechos sino cuando están en relación con Jesucristo, fundador de la Iglesia, no tiene por qué hablar de los favores personales.

Esta simple exposición manifiesta que sería exagerado deducir del silencio del evangelio que Jesús después de resucitado, privó de su presencia á su divina Madre. La tradición cree unánimemente que la primera aparición del Hijo fué para María, y que la visitó muchas veces en los cuarenta días que precedieron á la Ascensión. Había pasado ya el tiempo del Tabor. Ya no vivía Jesús esa vida pública de la que quiso separar á su Madre. No debía pedirle ya otro sacrificio sino el que viviera. ¿No debía templar su dolor confirmando en estas visitas su fe y avivando su amor? Sería posible que el que permitió á Thomas, que cobarde é incrédulo pusiera la mano en sus llagas, se negare á enseñar su augusta faz á aquella cuyo valor y fe no desfallecieron jamás?

¿Quién se atrevería á decir lo que pasó entonces entre Jesús y María? Después de un abandono tan triste, de una pasión tan cruel, y de una muerte tan dolorosa; después de haber sido traspasado el corazón de Jesús por el hierro de una lanza; después de haber sido sepultado su cuerpo y sellado su sepulcro con una losa que cuidaba un grupo de soldados, encontrarle lleno de vida y resucitado por su virtud, ¿no era un acontecimiento capaz de hacer morir de gozo á la que no pudo matar el dolor en el Calvario? ¿Cómo diría, sois vos el que pocas horas ha veía yo en la cruz y me legabais un testamento tan desgarrador, pocos momentos antes de morir? ¿Sois vos ese mismo, á quien veo ahora glorioso y resucitado, querido y divino fruto de mi seno? Ya habéis vuelto á mi ternura. ¿Cómo se hizo un milagro semejante? ¿Por qué me dais en lugar vuestro á Juan para hijo mío? ¿Pensais dejarnos tan presto?

Ciérrense mis labios y no se atrevan á imitar unas palabras que sólo pudo pronunciar el Cristo y sólo Él pudo oír. En la eternidad sabré cuáles fueron

los dulces coloquios de mi Madre con mi Salvador resucitado. Por ahora, bástale á mi amor de Hijo entregarse á los arranques de alegría, guiado más bien por los sentimientos de mi corazón que por las indagaciones de mi espíritu. La Iglesia misma no ha pronunciado acerca de este alegre misterio más que una palabra de congratulación para María: *Regina celi, letare, alleluia!*

Regocijaos, oh reina del cielo, porque ha resucitado, como lo predijo, Aquel á quien merecisteis llevar en vuestras sagradas entrañas. La dicha de aquellos á quienes amamos nos hace dichosos, y yo gozo en vuestra alegría.

Mas no se ha de limitar el gozo de María á la resurrección de Jesucristo: su corazón maternal lo ha de llenar de alegría el que salga de la tumba del pecado. Si tanto se regocijan en el cielo los ángeles, á quienes no tenemos el derecho de llamar hermanos nuestros, por la conversión de un sólo pecador; ¿cuál no será el gozo que sentirá la que es verdaderamente madre de todos ellos? No ha podido contribuir María á la resurrección de su Hijo, pero toma una parte inmensa en la resurrección espiritual de tantos prevaricadores que manchan el cristianismo. Regocijate, María, por este nuevo misterio de gracia, y nosotros, hermanos míos, procuremos no pasar de su seno al seno de la muerte del pecado, y levantémonos de nuestra tumba espiritual para gozar de nuevo en sus brazos. — (*Monseñor Pavy obispo de Argel, Mes de María.*)

ARTÍCULO V

PLATICA XXVI

NUESTRA SEÑORA DE LORETO.

La pureza de que hablamos ayer, es la compañera, ó más bien el fruto de otra virtud que sirve de base á todo el edificio de la santidad cristiana. Hablo de la humildad. No la conocieron los antiguos y por esta razón jamás pudieron hacer florecer la castidad virginal.

El evangelio lanza palabras muy terribles contra los orgullosos. «El que se ensalza será humillado,» dice: *Qui se exaltat humiliabitur.* Esta amenaza no sólo se cumple en la otra vida, sino que en esta la vemos cumplirse muchas veces. Cuando el hombre se complace en el pedestal que él mismo se construyó, Dios destruye el ridículo monumento de su fingida grandeza y lo hace caer en el fango. El

orgullosos cae generalmente en el fango de la impureza. Se ha dicho de algunas personas célebres que eran puras como los ángeles y orgullosas como los demonios. No disputaremos la exactitud de este aserto por respeto á la historia y á las personas á quienes se refiere: diremos simplemente que no es la regla general. La pureza no puede, sino por excepciones desconocidas, ser hija más que de la humildad. Hoy vamos á meditar, pues, sobre la humildad, y para ello nos transportaremos al Santuario de Nuestra Señora de Loreto, tan particularmente distinguido, que contiene la *Casa Santa*, donde pronunció la Santa Virgen ante el ángel Gabriel la sublime fórmula de la humildad: «He aquí la esclava del Señor.»

Si el hombre se deja dominar tan fácilmente por el orgullo, es porque su propia ligereza no le deja verse y conocerse tal como es. No necesitamos contemplar á los demás y conocer la humildad. Con sólo reflexionar acerca de lo que somos, comprenderemos que nada hay más insensato que pretender la estimación de los demás y estimarnos nosotros mismos.

¿Qué es la inteligencia, esa pequeña luz que brilla en el centro del universo sin alumbrarle? Esa luz se llama la razón; mas donde quiera que dirija sus investigaciones, ya hacia el cielo, ya hacia la tierra, no encuentra más que misterios. En cuanto comenzamos á saber algo, sólo sabemos que somos una miseria. Se admira y celebra á algunos hombres de ingenio que penetraron más allá que el resto de los hombres en las regiones de la verdad; pero al llegar al término de sus conocimientos exclamaron desalentados: «Nada sabe el hombre!» Y ¿qué somos nosotros, que nos confundimos con la muchedumbre de los ignorantes, comparados con ello? ¿Qué somos ante lo infinito? ¿Qué es lo que sabemos comparado con lo que ignoramos? Sentar estas proposiciones es reducir á la nada nuestras pretensiones de saber.